



aquellos trabajos y movimientos, como creían podellos presto concluir, prometían proveer en esto con tal pujanza, que nadie bastase para resistirles, y que lo tal no tendría falta si los dioses inmortales no les acababan su ciudad y su poder, arrepentidos de la buena fortuna con que siempre les había favorecido. Y así fué, que luego como Magon comenzó la resistencia de los africanos, hizo cosas notables en la prosecución della, proveyendo remedios á muchas turbaciones que recrecieron, las cuales no se ponen aquí, por no tocar ni pertenecer á los hechos españoles. Fenecidos algunos años, este Magon murió, dejando dos hijos de buena edad, el menor llamado Amílcar, y el mayor Asdrúbal, que salió mucho notable persona, tal, que buenamente pudo suceder en el cargo de su padre. Éste prosiguió la guerra contra los africanos rebelados, y pasó con ellos recuentros y batallas asaz peligrosas, de quien tampoco hablarémos aquí más de ser cierto, que fueron causa bastante para que la Señoría cartaginesa no pudiese despachar en su tiempo gentes ni flotas para favorecer las que primero tenían en España; y si gente dellos acá vino por aquellos comedios, como cierto vino, fueron mercaderes y negociadores, que pasaban á sus aventuras y riesgo particular, para llevar los metales y pedrería preciosa que pudiesen, á trueco de los otros atavíos que traían de Cartago, pacífica y amigablemente, y no por otra manera ni respeto.

CAPÍTULO XXXIX.

De la grande confederacion que los andaluces asentaron con los cartagineses africanos residentes entre ellos, y del provecho crecido que resultó de la tal amistad entre los unos y los otros.

Visto por los capitanes y gente de guerra cartaginesa residentes en el Andalucía, los grandes impedimentos que tan á la continua sucedían en Africa, para poder ellos efectuar sus conquistas en España, determinaron de probar con los andaluces turdetanos lo mismo que trataron con los del puerto de Menesteo, procurando con disimulaciones y cautelas metérseles en la tierra; para lo cual comenzaron á negociar nuevas amistades con ellos, mostrándoles afición, y haciendo gran cortesía por todos los que dellos tomaban entre sí, con tantas dulzuras y halagos, que nadie se podía librar del engaño; asegurándolas por todas las vías posibles para que perudiesen temor y sospecha si tenían alguna, de recelar que por parte dellos recreceria turbación ó perjuicio de su

provincia. Y puesto que cuando principiaron estos negocios, hallaron esquividad en algunos andaluces turdetanos, porfiaron tanto su demanda, que finalmente los tomaron entre sí, poniendo con ellos amistades y ligas muy solemnes y muy juradas, no teniendo consideración á los daños y destrucciones que por aquel mismo camino vinieron en Cádiz, puesto que con estos Turdetanos andaluces, aunque mucho tiempo trataron y perseveraron los cartagineses, nunca les acometían desafueros ni demasías manifiestas, como hicieron á los otros, ántes con halagos y blanduras les usurpaban cada día la comarca, tan sin sentirlo, que nunca los andaluces turdetanos les mandaron cosa que no lo hiciesen, por mandarlos ellos despues en las cosas de más importancia. Hecha la tal amistad con los turdetanos, fué fácil hacer otra semejante con los andaluces llamados turdulos, comarcanos á éstos; los cuales en todos sus hechos imitaban siempre la costumbre de los turdetanos, y se regían por sus leyes, y por toda la manera de su vivienda.

Con esta nueva liga, los negocios tocantes á la isla de Cádiz y toda su parcialidad, quedaron totalmente sin esperanza de libertad; porque si remedio pretendían ellos en aquel tiempo para salir de la sujeción de estos cartagineses, era procurar en escondido favor y socorro de aquellos andaluces turdulos y turdetanos, ofreciéndoles toda su tierra, haciendas y posibilidad, y tentando con ellos tan gran confederación, cuantas fueron las enemistades pasadas en los tiempos de los fenices. Mas como cesasen aquellos negocios por haberse anticipado los cartagineses á lo mismo, la república de Cádiz, como digo, quedó sujeta y opresa de todo punto, por tal arte, que desconfiados de poderse más valer, no procuraban otra cosa sino los negocios de su navegación, labrando galeazas y fustas crecidas para traer provisiones y mercaderías de unas partes á otras, sin pensamiento de procurar señorío, ni trabar empresas mayores semejantes á las de los años pasados. Para los cuales tratos estos cartagineses les daban libre lugar y soltura muy descansadamente; y ellos se fueron tanto metiendo y cebando en aquello, que comenzaron á ser maravillosos navegadores, sin jamas procurar otros ejercicios, quedando todavía su isla con toda su república juntamente con cuanto primero poseían en bajo de la administración cartaginesa y de sus leyes y gobernadores, aunque con sujeción moderada, fuera de todos tributos y pesadumbres, tal, que si los cartagineses no fueran tan principales en el gobierno y consultas de lo que convenía proveer, en



todo lo demás tenían los de Cádiz libertad abundante, con mucho buen tratamiento para cuanto quisiesen obrar.

CAPÍTULO LX.

De los infortunios y desastres que sucedieron en el Andalucía poco despues deste tiempo, los cuales fueron causa que los marsellanos de Francia ganasen acá tanta riqueza de metales y de plata, que comenzaron á ser bien fortunados y mejoraron crecidamente su república.

En aquel estado y tenor perseveraron algunos años los negocios del Andalucía, llevando siempre los cartagineses adelante sus amistades con los turdetanos y turdulos, y recogiendo con esta color todos los bienes de la tierra que hallaban con mayor sagacidad y sotileza que los fenices ni los de Cádiz hubieron hecho los tiempos pasados, y áun con mucho mayor interese, por estar más dentro de las provincias, y poder aprovecharse de mineros preciosísimos que continuo hallaban cuanto más adentro se metían. En aquel intervalo de días recudieron por España tiempos trabajosos y de fatigas, con mortandades y hambres, en que por falta de lluvias la tierra crió pocos mantenimientos, particularmente los años posteriores de todo esto, que fueron quinientos cabales ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, en que con las adversidades arriba dichas, hubo grandes terremotos en toda la costa del mar, donde suelen ser más continos que por otras partes, como lo declaran los filósofos naturales. Y fueron tan espantosos aquellos temblores, que muchas casas y cercos de pueblos cayeron, muchos ríos corrieron por otras partes diversas de las que solían. Algunos montes y collados bien crecidos se mudaron á diversos lugares con la fuerza del movimiento que los arrojaba fuera del primer sitio. Abrieron grandes hendeduras por la tierra y por cerca de la marina, y en algunas dellas salieron nuevas fuentes y nuevos arroyos de betumes, y muchas aguas nunca vistas. Entre las cuales fué grandemente notada una boca que se hizo cerca de la parte donde los siglos pasados acontecieron los encendimientos famosos del monte Pireneo, de quien ya hablamos en el quinto capítulo deste libro, cuando con la fuerza del fuego corrieron los grandes regueros de plata y de metales en abundancia sobrada. Y como de los tales regueros haya memoria que rebolsaron muchos por encima de la tierra, y que también otros colaron por las venas y canales de más adentro, parece que gran

parte de la tal plata corriente se detuvo sobre cierta concavidad en una destas montañas, la cual plata despues de pasados los encendimientos, quedó congelada por lo más hondo de los collados, cubierta con alguna tierra. Mas como los terremotos del año presente fuesen, como digo, terribles y continos, abrióse con ellos una parte de las tales cumbres, y quitadas afuera, luego parecieron los montones grandísimos de plata, puesto que tan descoloridos en la haz y corteza de fuera, que quien quiera sospechára ser otro género de metal menos precioso.

Andaban estos días por las marinas españolas galeazas de Marsella negociando sus provechos, como suelen hacer todas las naciones que viven en puertos de mar y tratan mercaderías. Y como por aquella sazón se hallasen cerca de donde fueron estos descubrimientos de la plata, salieron allí luego, y hechos sus toques y calas en el metal, conocieron ser aquel bulto plata perfectísima, y así tomaron della muy mucha cantidad, con que tornados á su pueblo de Marsella, comenzaron á cambiarla con las otras gentes sus vecinas, por otras mercancías de gran interese, con que principiaron sus acrecentamientos y los llevaron tan adelante, que llegaron á ser muy estimados en aquella provincia y en otras muchas, y donde quiera que se hallaban.

Y no lo hicieron una sola vez, sino muchas otras que despues tornaron acá sacando continuamente sobrada cantidad de la plata ya dicha, porque la mina fué tal y tan grande que bastó para gastar della muchos días. Esto parece que debió suceder contra la punta de Creus ó de Cruces sobre nuestro mar Mediterráneo, donde fenecen los montes Pireneos, en que todas las más historias dicen haber sido los encendimientos antiguos. Pudo también suceder contra las montañas de Denia ó de Muxacra, que muchos cosmógrafos y cronistas llaman Pireneos, y sabemos cierto ser muy venosos de metales. Porque metidos en las tierras más adelante sobre la vuelta del Andalucía no pensamos que tal aconteciese, pues los cartagineses andaban tan diligentes allí, que nadie pudiera venir ni llevar en su despacho cosa de la tal provincia, mayormente siendo lo principal de sus propósitos recoger todas las riquezas semejantes que pudiesen acá, para las enviar á su república de Cartago. También quieren algunos autores sentir el encendimiento famoso de los montes ya dichos, haber sido pocos años ántes que la plata de los marsellanos fuese descubierta con aquellos terremotos; pero las crónicas de España que dello hablan, dado que son pocas, muchos tiempos ántes lo ponen,



como ya tambien lo pusimos en aquel quinto capítulo deste segundo libro.

CAPÍTULO XLI.

Cómo queriendo poner en España la Señoría cartaginesa nuevos ejércitos para proseguir la conquista del Andalucía, le recrecieron tales impedimentos, que por el presente no tuvo lugar de lo hacer.

Fueron tan sonados y tan grandes aquellos provechos de la mucha plata que Marsella recibía de los españoles, que la Señoría cartaginesa tuvo presto noticia de todo cuanto pasaba por informacion de mercaderes suyos que comenzaban á tener contrataciones en Marsella, y luego despacharon mensajeros á sus capitanes y factores residentes en el Andalucía, increpándoles gravemente la poca diligencia que pusieron en no se anticipar ellos primero que nadie para ganar una presea tan gruesa. De lo cual estaria presto la respuesta y disculpa con decir haber aquello sucedido por tierras muy alejadas del Andalucía, tal que no fué posible saberlo con tiempo, ni dado que lo supieran bastáran á salir con ello, por no tener comunicacion entre las gentes donde sucedió. Estos mensajeros trajeron relacion, que las guerras y diferencias africanas contra Cartago tenian ya fin, por la buena solicitud y buenos atajos que su capitán Asdrúbal en ellas puso, y que la Señoría cartaginesa, libre de tantos estorbos, quedaba proveyendo nuevos ejércitos para que su mismo capitán Asdrúbal pudiese venir en las Españas y conquistase dellas cuanto bastase, mandándole juntamente, que si en pacificarla tuviese tal dicha como en lo de Africa residiese por ella, gobernando cuanto poseian en estas partes. Y ciertamente tal era la verdad cual ellos decian, porque la priesa fué tal en aparejar aquel ejército, que Asdrúbal con un hermano suyo llamado Amílcar, se metieron en la mar brevemente muy aparejados de lo necesario.

Pero despues que comenzaron el viaje de España, quisieron tentar de pasada la isla de Cerdeña, que les caía en el camino, creyendo poder vengar las pérdidas que Cartago por allí recibió los tiempos del otro capitán Macheo, de quien arriba escribimos, y pensaba Asdrúbal, que si viniesen los sardos contra él á la batalla, los rompería, segun eran buenos los aparejos de su flota. Mas los negocios no fueron tan fáciles como parecian, y las dificultades crecieron trabadas unas con otras tan encañadas y juntas, que Asdrúbal por no quedar amenguado, porfió la conquista muchos

años, hasta que viendo ser cosa larga de sostener, y que lo de España les importaba más, y que con la dilacion de Cerdeña se perdian otras muy buenas ocasiones, comenzó de poner mucha priesa en el recogimiento de sus ejércitos y flota, para tornar á su primer camino. Estando ya para comenzar el viaje, los sardos le dieron un rebate muy súbito, donde Asdrúbal fué malamente herido; y pasados pocos dias murió, dejando en la gran Cartago tres hijos pequeños, llamado el uno Anibal, y el otro Asdrúbal como su padre, y el otro Safo, que tuvieron, andando los tiempos, mucho poder en Cartago, y áun residieron despues largos años en España, gobernando lo mejor del Andalucía, segun adelante muy presto veremos, cuando se contaren las hazañas dignas de loable memoria que por ellos acontecieron.

CAPÍTULO XLII.

De las ayudas y socorro grande que la Señoría cartaginesa llevó de España, tambien de gente, como de riqueza, para ciertas necesidades gravísimas que cerca de este tiempo le recrecieron en Sicilia y en otras partes, donde traía su comunicacion.

Luego como Asdrúbal fué muerto en Cerdeña, su hermano Amílcar tomó cargo de las flotas, y de los ejércitos que por allá residian; y vista la poca fortuna que Cartago tenia contra los hechos de Cerdeña, la quisiera dejar, para sin detenimiento pasar en España. Y así lo hizo saber en sus fustas ligeras á las gentes cartaginesas que moraban en el Andalucía, certificándoles quedar ya metido en la mar, esperando temporal, con que los navíos gruesos moviesen. Mas tampoco Amílcar pudo cumplir aquella jornada: porque luego tras esto, muchos pueblos de Sicilia, sabida la muerte de su hermano Asdrúbal, se pusieron en armas contra gran parte de las villas y lugares que Cartago tenia por allí, trayendo para la tal guerra cierto capitán griego de Lacedemonia, llamado Leónidas, muy bien salariado, con acostamientos y gajes crecidos: el cual era tan esmerado varón, y los sicilianos le dieron tan buen aparejo de gentes y de todo lo necesario, que despues á pocos dias tuvo sus banderas repartidas en aquellos lugares de Sicilia del bando cartaginés á manera de cerco, y no ménos en las tierras africanas por los confines de la gran Cartago, haciendo muchos daños en todas ellas. Así que necesariamente convino dejar Amílcar la jornada de España, por acudir al peligro de su ciudad y tierra. Llegado, dió muestras de su persona tanto bue-



nas cuanto se podría decir, remediando muchos males, mejorando tantos inconvenientes, que los cartagineses no se pudieran valer, si por él no fuera.

En los cuales debates los factores suyos del Andalucía les acudieron continuamente muy á tiempo con grandes pesos de plata para la costa de los ejércitos, con multitud de vitualles, así de jarcia cuanta fué menester para las flotas, como de mantenimientos y provisiones, y tambien con alguna gente del Andalucía que cautelosamente sacaron entre sus amigos y se la despacharon por la mar, basteciéndola de lo necesario. Durando las cosas en aquella pendencia, tuvieron los cartagineses otra turbacion tan enojosa, que bastára para que con sola ella, dado que los tomára muy descansados, no pudieran acudir á los negocios de España. Esto fué que Darío, rey de persianos, hijo de Histape, les envió mensajeros particulares pidiendo como señor principal, segun él se llamaba, de las gentes y repúblicas del mundo, á quien la Señoría cartaginesa tambien habia de reconocer, que visto su mandamiento, no sacrificasen á sus dioses los niños que solian, ni los acatasen con sacrificios de personas humanas, la cual usanza maldita, ya sus capitanes y gentes comenzaban á meter en España, con otras devociones abominables. Pedia más el rey Darío: que los cartagineses dejasen de comer carne de perros, que fué manjar en Cartago muy acostumbrado. Item, que sepultasen los difuntos en bajo de tierra, no los quemando, segun su costumbre pasada. Sobre todas aquellas demandas añaden algunos historiadores nuestros haber pedido tambien las flotas y navíos que tenian en Africa y en España, con número limitado de gente, para cierta guerra que determinaba hacer contra Grecia. Deste mensaje hecho por aquel rey, la Señoría cartaginesa se dolió gravemente, no tanto por lo que contenia, cuanto por imaginar Darío que los pudiese mandar él, ni príncipe nacido de cuantos habia sobre la tierra. Mas como los años presentes tuviese Cartago multitud de guerras y de negocios, y sobre todo desease la desocupacion dellas para con todas sus fuerzas venir en España y apoderarse della, disimularon con los embajadores persianos lo mejor que pudieron, prometiendo cautelosamente de hacer lo que Darío les mandaba, sino fué lo de las armadas y gente que pedia contra los griegos, dando por excusa la necesidad manifesta para la guerra de Sicilia, donde tenian menester lo de sus amigos y lo suyo. Con esta color satisficieron á los embajadores persianos, y Darío se mostró bien contento por el presente. Pasa-

dos pocos años, murió sin obrar aquella guerra que publicaba contra Grecia. Sucedió por señor en todos aquellos estados de Asia y de Persia un hijo suyo llamado Xerxes, de quien las historias hacen crecida memoria, por el aparato grande con que despues emprendió la misma guerra de Grecia que su padre dejó cimentada, con otras conquistas particulares. En tiempo de Xerxes, la Señoría cartaginesa dió fin á las contiendas de Sicilia, porque Leónidas, capitán griego, convino tornar á Grecia para determinar la resistencia que se debia hacer á Xerxes; y con estar él ausente de Sicilia, los cartagineses lo pudieron allanar todo sin algun estorbo, casi en el año tercero del reinado de aquel Xerxes, que fué cuatrocientos y ochenta y un años, ó dos años más en otra manera de contar, ántes del advenimiento de Nuestro Señor Dios, en que se cumplieron treinta y siete años cabales despues que la misma Cartago metió sus primeros ejércitos en el Andalucía para favorecer á los de Cádiz. Y con mucho trabajo se pudieran haber sostenido por acá tanto tiempo, no les habiendo socorrido con más ayuda de gente, si no fuera por el amistad que pusieron con los turdetanos y turdulos andaluces, naturales y moradores antiguos de la tierra, segun ya lo declaramos en los treinta y nueve capítulos deste segundo libro.

CAPÍTULO XLIII.

Cómo viniendo en España gente de cartagineses para residir en ella, tuvieron rebato de camino con los vecinos de Mallorca. Poco despues llegados en España dieron relacion de la gran flota que Cartago hacia nuevamente para venir acá más de propósito que nunca.

Estaban los hechos de Cartago tan bien cimentados en el Andalucía, tan pacíficos, y tan firmes con aquella liga ya declarada, que si los africanos no mostráran codicia de se meter adelante, nadie de los que moraban en la comarca les diera jamas enojo, ni contra su voluntad intentáran alguna cosa. Pero como ya las pendencias de Sicilia quedasen pacíficas, y tambien ellos á la verdad en esta sazón se hallasen desocupados y sin estorbo, parecióles que podrian acometer cualquier demanda como se les antojase. Llegábase con aquello, platicarse por todas las tierras los grandes aparatos que Xerxes el rey de Persia hacia para venir en Grecia, más poderosos y terribles que nunca se vieron en el mundo, tanto que las otras gentes no decian ni miraban sino lo que desto suce-



deria. Los cartagineses entendian, que con aquello, sin persona sentirlo, tendrian mejor aparejo que nunca para venir en España poderosamente. Y así mandaron á su capitán Amílcar que juntase provisiones y bastimentos el año siguiente, cuantos bastasen á veinte mil peones y mil caballos. Y porque los despachos anduviesen más descansados, permitieron al ejército viejo de Sicilia, que pues el invierno llegaba, fuesen á reposar á sus casas, con apercibimiento que despues al verano siguiente vendrian á la jornada de España donde satisfarian sus deseos en riquezas y todos los bienes posibles. Solamente sacaron del ejército viejo hasta nuevecientos peones y ciento de caballo, los que ménos ocupados parecian, para los enviar á la Andalucía de refresco, con informacion que hiciesen á los españoles sus confederados, y tambien á la gente cartaginesa que por esta nuestras partes residia, de las armadas y de los ejércitos que dejaban por allá basteciendo. Mandáronles más, que de camino recorriesen á Mallorca, donde si viesen aparejo quedase tal parte dellos, que sin recibir daño pudiesen ordenar alguna poblacion en que morasen de prestado hasta lo proveer más de propósito. Con este mandamiento, metidos aquellos novecientos africanos en cuatro navíos de carga, llegaron á dar vista sobre Mallorca. Salidos en tierra, comenzaron á recorrer el campo y á maltratar algunos mallorquines que podian haber á las manos, no lo debiendo hacer, segun condicion desta gente, que de su natural eran hombres pacíficos y pocas veces acometidos de naciones advenedizas, y ménos acostumbrados á semejantes bullicios. Visto, pues, el daño que los cartagineses hacian en ganados y pastos, y la licencia que tomaban á todas partes, apellidóse lo más de la isla, y á poco rato salieron los naturales de sus chozas y cuevas en suficiente multitud, armados de hondas y piedras, con que dieron tal rebato á los cartagineses, que despues de les haber muerto gran parte dellos, los demas huyeron á los navíos dentro de la mar. Tras los cuales iban los mallorquines á hondazos por el agua adelante, lanzando tan espantosa lluvia de piedras, y con tal fuerza y destreza, que las tablas de las fustas saltaban en rajadas, y mucha parte de los mástiles iba quebrado, las velas despedazadas, y generalmente los unos y los otros cubiertos de piedras. Los cartagineses levantaron presto sus áncoras, y comenzaron á desviarse de la ribera, metiéndose cuanto más dentro podian en la mar, donde no les alcanzasen los tiros de las hondas, con intencion, que pasada la furia tornarian allí para buscar alguna manera con

que satisfaciesen estos mallorquines y pudiesen quedar entre ellos.

Y verdaderamente se hiciera como lo creian, si la mar no se levantara luégo con mucha tormenta de vientos orientales, y sin poder hacer otra cosa, los cuatro navíos no se deramaron á diversas partes, el uno caminó contra Ibiza, donde halló buen reparo de los cartagineses que moraban en la isla; los otros dos navíos tiraron á lo largo, y aportaron en la costa de España, casi en la boca del Estrecho junto con Gibraltar, donde tambien fueron amparados de los españoles que por allí moraban. Y luégo pasaron á Cádiz y despues á Andalucía, y allí publicaron la venida de Amílcar el año siguiente con el aparejo que se quedaba recogiendo en Cartago, de lo cual todos mostraron mucho contentamiento. El otro cuarto navío corrió de traves con mayor peligro sobre la costa frontera de Monvedre. Y como las guardas que sus vecinos los saguntinos al presente traian por la ribera, lo vieron de lejos ántes que llegasen, reconocida la tormenta, saltaron ellos en sus barcas, y metidas á la mar, les ayudaron hasta que finalmente vinieron á tierra. Luégo lo hicieron saber á su ciudad que por esta sazón era pueblo muy principal en aquella provincia, muy rico, y muy bien gobernado con leyes justas y prudentes, y sobre todo muy reverenciado de los otros lugares comarcanos. Y dado que la poblacion estuviese desviada de la marina casi tres mil pasos dentro de la tierra, con ser aquella distancia pequeña, traian guardas en la costa, y trataban por la mar todo cuanto convenia para los provechos de su república. De manera que sabida la fortuna deste navío cartagines, mandaron que fuese bastecido de mantenimientos gratuitos y le diesen velas, betumes, cuerdas, madera, clavaron cuanta sería menester para su reparo. Esto hecho, como la mar hubo sosegado, tornaron los cartagineses al viaje del Andalucía. Donde llegados en salvamento se juntaron con sus compañeros, y con el otro navío de Ibiza que tambien pocos dias ántes era venido á Cádiz, con sobrado placer de todos cuando se vieron libres de tal peligro pasado.



CAPÍTULO XLIV.

Cómo vinieron avisos al Andalucía, que la flota cartaginesa no podría mover aquel año para residir en España por impedimentos que le sucedieron. Y cómo doce mil españoles pasaron en Sicilia para favorecer las competencias que Cartago por allí traía; sobre las cuales pelearon una batalla mucho cruel y peligrosa.

En todo el año siguiente la parcialidad cartaginesa que residia por el Andalucía, esperaba de hora en hora la venida del capitán Amílcar y de su flota, la cual certificaban todos los navíos de tratantes y mercaderes cuantos de Cartago venian en España, diciendo públicamente que ya no faltaban sino ciertos capitanes particulares que pasaron en Egipto y en Fenicia para tambien coger allá gente; los cuales habia mensaje que venian con muy buen aparejo para comenzar el viaje. Nadie de cuantos platicaban esto creian que fuera ménos, hasta que llegaron á Cádiz cuatro galeras crecidas de cinco remadores al banco, despachadas por esta Señoría cartaginesa, bastecidas de muchas armas y muchos vestidos y municion de toda suerte, con las cuales mandaban á sus factores residentes en el Andalucía que luégo recogiesen doce mil españoles, y los enviasen á Cartago cuanto más presto sería posible, porque la venida del capitán Amílcar ya no podia efectuarse.

La causa desto fué, que teniendo muy en orden todo lo necesario para la jornada, llegó cierto caballero siciliano, llamado Terillo, muy principal en una villa nombrada Hymera, despojado de cuanto poseia por otro caballero tirano llamado Teron, morador en un pueblo cerca de la mar, que decian Agrigento, nombrado por este nuestro tiempo Gergento. Perseguido y fatigado deste Teron venia Terillo, pidiendo favor á los cartagineses, prometiéndoles, que si les restituian á Hymera, la cual habia señoreado muchos años, daria camino con sus aficionados y parientes para que brevemente Cartago mandase toda la isla de Sicilia, pues ya tenia dentro lugares asaz populosos y fuertes. Era la plática tan al apetito de los cartagineses, que ninguna podia ser tanto; porque junto con la fertilidad y provecho de Sicilia, caiales tan cercana, que desde su postrera punta contra la parte oriental, nombrada en aquel tiempo Lylibeo, hasta la mesma ciudad de Cartago, no tasaban más espacio de ciento ochenta millas antiguas, que hacen cuarenta y cinco leguas españolas, repartiendo por cada legua nuestra cuatro de aquellas mi-

llas, ó segun cuenta Estrabon, habia mil y quinientos estadios de trecho del uno al otro, que fué vocablo de las distancias por donde los griegos antiguos median sus caminos, en que se monta poco más de ciento ochenta y siete millas de aquellas latinas, y tambien poco más de cuarenta y siete leguas de las nuestras, tomando en cada milla latina ocho estadios griegos, y por cada legua española de las medianas otros treinta y dos estadios. La color para dejar estos cartagineses la venida de España, pareció con aquel achaque legitima; pero los que mejor sentian el negocio, tuvieron por cierto que si Terillo no viniera de Sicilia con la demanda sobredicha, tampoco la flota cartaginesa moviera de su puerto, porque los ejércitos del rey Xerxes de Persia quedaban en Grecia con la más terrible pujanza de combatientes que nunca las gentes oyeron; y segun los cartagineses andaban apercibidos y recatados desde la primera nueva, tuvieron recelo que si Xerxes feneciese la conquista de Grecia, querria tambien dar en ellos, pues ya los años ántes el rey Darío su padre lo quiso tentar, como en los cuarenta y dos capítulos pasados apuntamos. Con esto vino muy propia la demanda del caballero siciliano para resistir á toda parte, si lo de Xerxes algo fuese. Y tambien parecia, si lo de Sicilia saliese verdad, que mejorarian mucho por allí sus cosas. En este punto los doce mil españoles fueron acabados de juntar en el Andalucía. Puestos en sus navíos llegaron á la gran Cartago, todos mancebos valientes, bien armados y dispuestos, tales, que cuantos allá los miraban conocieron ser ellos la principal fuerza del ejército cartagines, aunque se llegaron en él poco ménos de trescientos mil hombres entre africanos y españoles, y egipcianos y fenices. Nunca se halla la provincia de Cartago salir fuera de su ciudad con tanta multitud ni tan aparejada como salieron esta vez. Y venidos á Sicilia con el capitán Amílcar se les juntaron muchos pueblos de la isla, que tenian primero su parcialidad, y muchos otros tambien pusieron con ellos nuevas amistades, como suele suceder en semejantes negocios. Llegados comenzaron á trabar con los enemigos encuentros y peleas, que por la mayor parte fueron peligrosas y difíciles, á causa de un otro caballero siciliano llamado Gelon, adversario viejo de Cartago, que tenia tiranizada parte de la tierra, con el cual era confederado Teron el enemigo de Terillo. Pasados pocos dias, ambos juntos pelearon con Amílcar en una batalla campal muy porfiada y reñida, donde pereció gran copia de gente por ambas partes.

Al fin, los cartagineses quedaron vencidos